

20  
06

Premios Plan de Igualdad de Oportunidades:  
MUJER Y MEDIO RURAL



- Premio Fotografía  
*“Mujer y Medio Rural”*
  
- Premio Relatos Breves  
*“María Domínguez”*

DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA





2006

**Premios**

Plan de Igualdad  
de Oportunidades:

MUJER Y MEDIO RURAL



DIPUTACION D ZARAGOZA

Primera edición, julio 2006  
© Diputación Provincial de Zaragoza  
© Textos:  
    Sus autores  
© Fotografías:  
    Sus autores

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZARAGOZA  
ÁREA DE BIENESTAR SOCIAL Y DESARROLLO  
PLAN DE IGUALDAD DE OPORTUNIDADES

Plaza de España, 2, 2ª planta  
50071 ZARAGOZA  
Tel.: 976 28 89 23  
e-mail: csm@dpz.es

Diseño y maquetación: Pilara Pinilla  
Impresión: Talleres Editoriales Cometa  
Depósito Legal: Z-444-06



La Diputación Provincial de Zaragoza, continuando con sus políticas de carácter social, desarrolla desde el año 2002 diversos proyectos cuyo objetivo último es conseguir la Igualdad real de Oportunidades para la mujer de los municipios de nuestra provincia que, en algunos casos, sufre una doble discriminación; tanto por el hecho de ser mujer, como por vivir lejos de la capital y lo que ello supone de accesibilidad y facilidades en muchos campos.

Si bien es cierto que se están consiguiendo logros importantes, no lo es menos el hecho de que queda un largo camino por recorrer.

Las campañas de sensibilización sobre la necesidad de la participación de la mujer en el ámbito local; la elaboración de material audiovisual dirigido a jóvenes para la eliminación de estereotipos sexistas; diferentes módulos formativos destinados a ayuntamientos, asociaciones y colegios; la edición de guías didácticas; exposiciones itinerantes; celebración de jornadas, seminarios, y congresos, así como el fomento del empleo femenino, son algunas de las actividades programadas durante este año.

La adhesión de esta institución al Programa de Telesistencia Móvil para Mujeres Víctimas de Violencia de Género y, a través de ella, de los ayuntamientos que así lo han solicitado, es un claro ejemplo del compromiso adquirido por esta Diputación Provincial.

En el libro que ahora presentamos están los originales ganadores de los distintos premios, que teniendo a la mujer como temática central, han sido convocados durante el año 2006 en el marco del Plan Provincial de Igualdad de Oportunidades para la Mujer del Medio Rural.

Deseo que estas iniciativas y otras que serán puestas en marcha en un futuro próximo contribuyan a facilitar a la mujer del medio rural el acceso al espacio que les pertenece.

**Javier Lambán Montañés**

*Presidente de la Excma. Diputación de Zaragoza*



La Diputación de Zaragoza, en el marco de *su Plan Provincial de Igualdad de Oportunidades para la Mujer del Medio Rural*, ha convocado, por segundo año consecutivo, diferentes premios, con una temática central: **la mujer del medio rural**.

La amplia participación y la calidad de los originales presentados a concurso nos permite creer que estamos empezando a obtener los resultados deseados, y que transmitir valores como la tolerancia, la coeducación y la no discriminación por razones de género es fundamental. para lograr una sociedad en la que todas y todos seamos iguales.

Sin embargo, esta labor no sería posible sin la colaboración de las profesoras y profesores de los diferentes colegios, involucrados, no solamente en esta iniciativa, sino también en incorporar, con carácter transversal, la Igualdad de Oportunidades como elemento educativo imprescindible; de las concejales y concejales, alcaldesas y alcaldes que promueven la participación de la mujer en el ámbito local y de las mujeres que gestionando o colaborando en asociaciones de distinto carácter (cultural, o artístico,etc...) contribuyen a dinamizar la sociedad del medio rural.

La Diputación Provincial de Zaragoza, ha organizado durante este año, de manera gratuita, distintos talleres en las entidades que así lo han solicitado, actividades todas ellas que pretendemos faciliten su labor.

En este Cuaderno que ahora presentamos están aquellos trabajos que mejor ayudaban a conseguir el objetivo propuesto.

Como responsable del Plan de Igualdad de Oportunidades animo a todas y a todos a seguir colaborando para lograr una sociedad en la que todas y todos seamos iguales.

**Geralde H. Campos Sierra**  
*Diputada Delegada de Políticas de Igualdad*

Plan de Igualdad  
de Oportunidades  
MUJER Y  
MEDIO RURAL





*Abrazo a la vida*  
Cintia Sarriá Porcar • Garrapinillos • **Primer** Premio



*La lavandera*

Antonio Jesús Martínez Andía • Tarazona • **Segundo** Premio



*Alimentando el ganado*

Antonia Pilar Larraz París • Almonacid de la Cuba • **Mención especial**



## LA MAÑANA EN QUE DECIDIÓ NO LEVANTARSE

La mañana en que decidió no levantarse comenzó idéntica a las del último mes. La nuera trasteaba por la casa desde temprano y el nieto hundía con prisa las galletas en el tazón de leche, apurando la hora para coger el autobús que lo conduciría al Instituto de Huesca. Tras su marcha, al silencio sólo lo quebraban algún pájaro saludando al sol de septiembre o algún tractor atronando el aire con su lamento de animal antediluviano. Poco más movimiento se percibía en un pueblo de trescientos habitantes atravesado por una carretera secundaria.

La mañana en que decidió no levantarse prosiguió distinta a las del último mes. En éstas, cuando la nuera marchaba a comprar el pan, encendía la luz de la mesilla, se sacudía la colcha y, con la torpeza de sus ochenta y cuatro años, se sentaba en el borde de la cama. Primero miraba la pared desnuda. Clavaba la vista en las escarpías para sus dieciocho años, y de esa pareja joven, a punto de casarse, cuya sonrisa enmarcada le insufló, durante medio siglo, el vigor necesario para conjurar el frío dejado en las sábanas por la ausencia del hombre que la acompañaba en la imagen. “*Gracias a la fotografía, hemos toreado la muerte. Resuscitaremos ante nuestros hijos sin necesidad de la ayuda divina*” les dijo Patricio, el fotógrafo amigo, en su modesto estudio mientras los colocaba en la posición idónea, ambos de pie, uno junto al otro, ella subida a una pequeña tarima para que las cabezas quedasen a la misma altura. Recuerda que, al principio, preguntaron por la silla, pensando en un

retrato de pareja al uso: ella sentada y él erguido a su lado, con la mano apoyada en su hombro, como si fuese su bastón. Patricio les contestó que era su regalo de boda y la haría a su gusto, no al de los burgueses. “*Ya está con sus sermones este revolvedor...*” pensó conteniendo la risa y no concediendo importancia a la pose hasta veinte años después, cuando Pablo le explicó la simbología con un lenguaje muy parecido al usado por su jefe de taller y maestro, el por entonces reconocido artista oscense y cabeza de lista provincial por el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, Don Patricio Aso.

En esas mañanas del último mes, cuando desaparecía el ensueño y, al percatarse de nuevo de las escarpías, sentía las lágrimas a punto de aflorar, alargaba la mano hacia la silla donde dejaba la ropa y comenzaba a ceñirse las vestiduras negras. Le costaba esfuerzo evocarse a sí misma con prendas de colores. Para eso le había servido también la fotografía de Patricio, para recrearse con aquel vestido azul que se ponía en las ocasiones especiales: los viajes a Huesca, alguna boda o los bautizos de los dos primeros hijos. En el de Dolores, la segunda, fue la última vez que lo sacó del armario. A las pocas semanas, la niña pilló un resfriado que se fue agravando con el frío de los inviernos de antes, cuando colgaba de los árboles estalactitas de hielo utilizadas como espadas por los zagales. Se consumió con la misma lentitud que las velas, durante muchas semanas santas posteriores, se consumirían en la iglesia, recordándola, y una tarde dejó de respirar. Aquella noche se tiñó la ropa de negro, sin imaginarse que nunca abandonaría el luto porque los hijos aparecerían y desaparecerían de este mundo en una macabra rueda imposible de detener, como si ese Dios del que le hablaban en los bautizos y los entierros, y en el que progresivamente fue perdiendo la fe, los hubiera designado a ellos dos, además de con la pobreza, con el estigma de las ilusiones vanas.

Durante el último mes, cuando ya se había compuesto, atravesaba el vacío de la casa en dirección al baño. Frente al espejo recogía en un moño la melena blanca que, desparramada, asustaba de niño al nieto. A la quietud sólo la perturbaba el roce de las telas contra su cuerpo, al mover los brazos, y el de las horquillas sobre la loza del lavabo cuando las cogía. Era el mismo silencio que envolvía ese rito desde que el nieto asistía a la escuela, hacía una década larga. Por eso discernía ahora, con tanta claridad, la diferencia entre silencio y vacío; entre la ausencia como una isla en el océano de la presencia y la ausencia definitiva, el océano inmenso

para el náufrago. Desde que la envolvía el vacío ya no miraba por la ventana del baño para ver el tiempo con que la saludaba el nuevo día. Ni durante la novena le importó, consciente de que asistiría imperturbable a las nueve misas aunque pedregase. Después desayunaba y, hasta la hora de comer, se entregaba a los recuerdos, sentada en la misma silla desde la que despidió a Carlos cuando su ataúd desapareció tras la esqueia de Casa Biescas. Cada habitación de aquella casa guardaba decenas de historias bajo las capas de pintura o los muebles periódicamente renovados. En cada rincón se habían fosilizado cientos de anécdotas que permanecieron sepultas en la memoria durante una generación, bajo la costra de la vida cotidiana, hasta que la muerte del último hijo lo resquebrajó de un zarpazo y, liberadas, asaltaron su cerebro en una danza continua. Durante un mes las contuvo, mal que bien. Intuía que cada recuerdo le robaba un poco de fuerza, y no dejó que se la mermaran lo bastante como para que las piernas no la sostuvieran en la novena. Una vez pasada ésta se entregó a su voracidad, pero siempre controlando el caudal ingente que desbordaba su memoria. La mañana en que decidió no levantarse supo que ése sería su quehacer a partir de entonces: ordenar en su mente los recuerdos soterrados durante tantos años, para que ocupasen el menor espacio posible cuando se los llevase a la tumba.

Las ganas de orinar, que presionaban su vientre como un aletazo de la cordura, estuvieron a punto de quebrar su determinación. Logró contenerlas hasta que oyó la puerta de casa y unos pasos familiares subiendo la escalera. *“Pilar, alcánzame el barreño”* gritó. El rostro asombrado de su nuera se asomó a la habitación, sin entrar.

—¿Se encuentra mal?

—Si

—¿Qué le pasa?

—¿Qué tengo mala gana y me mareo un poco.

Pilar se acercó mientras hablaba, agachándose y sacando el orinal siempre dispuesto bajo la cama. Se levantó y orinó de pie, para no ocasionarle más trabajo a la nuera si manchaba las sábanas. Bastante tenía con lo que se le avecinaba. Debería apechugar con la nueva situación lo mismo que ella debió enfrentarla cuando a él lo venció la pulmonía y, por primera vez, recorrió el camino al cementerio sin apoyarse en su brazo sintiendo en el pecho el plomo de la desolación. Pero la necesidad cau-

teriza pronto el dolor de los pobres. O, al menos, lo encubre. Le quedaron tres hijos. Julia y Pablo ya estaban en edad de trabajar. La hija se fue a servir a Barcelona y el hijo se colocó de aprendiz en el taller de Patricio. Carlos, el pequeño, aún iba a la escuela. De un plumazo, la casa se quedó vacía. Del movimiento continuo de cinco personas se pasó al silencio absoluto, apenas roto por Carlos en las comidas. Pablo bajaba a verlos el domingo y, en cada visita, pudo constatar la velocidad de los cambios que sucedían en él. A los dieciocho años, sus ojos parecían descubrir a la gente y sus interrelaciones y su lenguaje adquirió la viveza de los políticos que hablaban por la radio. Se interesó por la educación de Carlos, a quien de cuándo en cuándo regalaba algún libro, e impartió largos mítines a su madre sobre los nuevos tiempos de bonanza que llegaban, gracias al triunfo del Frente Popular, pese al empeño de los caciques en impedir que la gente alcanzase una vida digna. Ella se limitaba a contestarle que sí, pero que tuviera cuidado, porque se oían noticias de continuos atentados y muertos. Julia no reflejaba nada de ese ambiente en sus cartas, y aunque sabía que a su hija no le gustaba la política, temía un accidente, la mala suerte de pasar por el sitio inadecuado en el momento inoportuno, esa mano negra que disfrutaba arrebatándole los seres queridos. Respiró aliviada cuando vino a pasar una semana de vacaciones, en julio. Pablo hizo coincidir las suyas con las de su hermana para que le contase historias de esa mítica Barcelona, de la que Patricio hablaba con un entusiasmo contagioso. Sin embargo. La tensión del país, incrementada tras el asesinato de Calvo Sotelo, no les permitieron disfrutar del reencuentro. La inactividad carcomía a Pablo mientras rumores de todo tipo se propagaban. Sólo la retenían los ruegos de su madre y su hermana, su apelación a que era el hombre de la casa y, si le pasaba algo, quedarían desamparadas. Un día llegó la noticia de la sublevación en África y ya no aguantó más. Se despidió apresuradamente y marchó a Huesca. No supo de él hasta tres años después, cuando el cura le confirmó, tras recibir el mensaje de alguien “compasivo ante su sufrimiento”, que había sido fusilado junto a Patricio en las tapias del cementerio, a los pocos días de que la rebelión triunfase en la capital oscense y la cicatriz del frente conservara al pueblo en la zona republicana.

—¿Se le pasa la mala gana?

—No.

—¿Le preparo una manzanilla?

—No, gracias. De momento no me apetece nada.

La nuera dejó libre el vano de la puerta y siguió con sus quehaceres. Cambiaban los actores, pero no la trama de la rutina que dominó la casa durante décadas, una vez pasados el horror de la guerra y las penurias de la posguerra. Un día de marzo, los que habían fusilado a Pablo liberaron el pueblo. El maestro huyó a Cataluña y lo sustituyó un hombretón adusto que colgó un crucifijo y un par de retratos nuevos detrás de su mesa. Carlos ya no llegó a probar sus métodos. Con diez años se enganchó de pastor porque, sin comida en el buche, no le correría suficiente sangre para que la letra le entrase, tal y como predicaba el educador. Julia volvió a servir, ahora en Huesca, y ella se ocupó del huerto. Mal que bien superaron los peores años. Julia se casó con el hijo del carnicero donde a diario compraba filetes para los señores y Carlos comenzó a trabajar por su cuenta las cuatro hectáreas de la familia. Con el ímpetu que anima a quien ha tocado fondo, pronto se le quedaron pequeñas y fue arrendando varias heredades yermas tras la partida de sus dueños a la ciudad, en busca de un sueldo seguro.

La necesidad forma costra sobre el dolor y la felicidad soterra bajo la piel las cicatrices antiguas. Carlos era demasiado niño cuando el carrusel de entierros y el recuerdo de Pablo se le fue fosilizando en la sonrisa del retrato colgado en el cuarto de su madre. Al principio, lo visitaba a menudo. Al salir, ella veía sus ojos enrojecidos y ambos callaban. Con el tiempo, fue espaciando las visitas a la vez que la serenidad sustituyó en su rostro a la congoja cuando estaba en la cocina. En una ocasión, ella arrojó el oído a la puerta, siempre cerrada, y escuchó un susurro. Con el tiempo comprendió que utilizaba a su hermano, a la imagen mitificada de su hermano, como el espejo donde hablar consigo mismo y poner en claro sus ideas. El reclinatorio profano donde vaciar aquello que el pudor nunca le permitiría abordarlo con ella y la vergüenza o el miedo a las represalias con la gente del pueblo. Una tarde permaneció más tiempo que nunca y salió con el rostro encendido, bromeando e incluso animándola a bailar juntos el pasodoble que sonaba en la radio. En el postre de la cena le desveló que festejaba con Pilar, la de casa Mercader. Quería que se enterase por él antes que por las cotillas de la calle. Un latigazo le hizo llorar por primera vez desde que conoció la muerte de Pablo. Julia ya le había dado un par de nietos, pero

casi se había convertido en una pariente cercana que te visita cada semana y no es lo mismo que los críos crezcan en casa que aparezcan por ella de domingo a domingo. Se tiraban más por los otros abuelos, y lo comprendía. Sin embargo, también sentía cómo perdía a su hijo, cómo a partir de entonces ella iba a ser la subordinada en su propia casa. Ley de vida, pensó. Además, ya le menguaban las fuerzas. Carlos había sido el tardano y se tomó con calma el asunto del matrimonio. Cuando Pilar se vino a vivir con ellos, ella rebasaba la edad en que los hombres dejan de ir al campo. Al año siguiente nació el nieto y, tantos tiempos después, la alegría de un crío retumbó por las paredes rejuvenecidas para la boda. Parecía que, por fin, la felicidad volvía a habitar entre esos muros, la felicidad que soterra bajo la piel las cicatrices. Pero, por muy antiguas que éstas sean, siempre señalan una herida que puede reabrirse en el momento más inesperado. Una tarde de verano, por ejemplo, a la paz engañosa la rompe un ruido de motor, unos pasos apresurados y un dedo que aprieta el timbre, nervioso. Un hombre que no sabía cómo darle la noticia pero cuyas palabras sobraron, porque le bastó con mirarle a la cara para adivinar que la mano negra le había arrebatado otro hijo.

La noche del velatorio de Carlos, cuando por fin aceptó retirarse a descansar para poder aguantar la jornada del entierro, no se atrevió a encarar la sonrisa de Pablo. ¿Qué iba a contarle? ¿Qué su hermano había muerto aplastado bajo su propio tractor, volcado a causa de un despiste? ¿Qué el azar mata a quienes merecen vivir y premia con una larga vida a los indeseables? Sólo pudo afrontarla a la mañana siguiente, mientras sacaba la fotografía del marco para echarla dentro del ataúd. Era su confidente y con él debía seguir en la eternidad, pensó. Hizo lo mismo con la que les regaló Patricio. Llevaba casi medio siglo juntas y así debían seguir. Les dio un último beso a ambas antes de salir de la habitación. Abrieron el ataúd ya preparado para el entierro y las depositó encima de su pecho.

La nuera entró de nuevo para preguntarle si quería comer. Ante su negativa, sugirió que lo mejor sería llamar al médico.

—No estoy enferma, contestó. Sólo que voy a quedarme en la cama hasta que me muera.

Pilar se quedó un instante petrificada. Después estalló, gritándole si se había vuelto loca o si aún le parecían pocas las desgracias para provo-

car otra. Ella la dejó desahogarse. Luego le dijo que ya no tenía ganas de vivir, no era más que un trasto viejo, inservible, que sólo daba trabajo. No tenía sentido alargar la agonía uno, dos años, para que el día menos pensado la encontraran inerte en la cama.

–Además, añadió girando la vista hacia la escarpia, por una vez seré yo quien pille desprevenida a la muerte. |||



## LA ÚLTIMA MIRADA DE AMANDA

Bailaba como si nadie la viera, como si estuviera sola, como si se encontrara en medio de un fragante prado bajo la lluvia.

Bailaba como si nadie la viera, y en realidad se hallaba en el centro del amplio salón engalanado para celebrar el aniversario de la República. Las ampulosas matronas, buques insignia capitaneados por sus maridos de smokin, se apartaban y giraban a su paso melodiosamente, siguiendo el compás marcado por la orquesta, sin alterarse. Todos parecían ejecutar una coreografía mil veces ensayada.

Esa fue la primera vez que la vi. Ojalá no lo hubiera hecho nunca.

Llegué a Nofuentes una calorosa mañana. La estación del tren, poco más que un apeadero, hervía de actividad. Para aquella ciudad, triste sin mar, el ferrocarril semanal era su forma de establecer contacto con el mundo.

Hallarme, después de tantos meses de viaje, de nuevo entre una bulliosa multitud humana, hizo que regresara mi perenne migraña.

Todavía hoy, en mi madurez, no puedo evitar sonreír al recordar lo diferente que todo resultó comparado con las ensoñaciones que poblaron mi mente desde que me supe heredero universal de un tío lejano emigrado a las Américas.

La única condición impuesta para cobrar el legado era mi desplazamiento hasta Nofuentes, para tomar posesión de sus bienes. Mi madre, la señora viuda de Vidal, fue muy convincente en sus alegatos. Desde el principio dejó bien claro que ni mi pavor al mar, ni mis mareos, ni mis migrañas, ni mi astenia, ni el asma, ni mis ataques de melancolía le iban a impedir cobrar aquella fortuna, si bien ella se eximió oportunamente del viaje.

Las dificultades en el desempeño de mi misión no hacían sino acrecentarse cada día: debía esperar en Nofuentes seis meses a que arribara el barco que me devolviera a mi patria y al sosiego del abrazo materno. Sólo conocer la noticia sufrí una jaqueca que me tuvo postrado en la cama una semana.

Había transcurrido ya un mes de mi advenimiento cuando el notario encargado de los trámites de la herencia me sugirió que fuera al baile que se celebraba para festejar la República, indicándome que era la manera más eficaz de trabar contacto con otros terratenientes a quienes pudiese interesar adquirir mi hacienda.

Mi llegada al salón se produjo adornada por un ligero ataque de asma debido a la excitación de bajar la gran escalera de mármol curvilínea saeteado por todas las miradas. Me esforcé por relajarme, compuse mi mejor sonrisa, francamente pobre, mientras intentaba controlar los estertores, y busqué desesperadamente, aunque de una forma que quería parecer casual, con la mirada al notario. Entonces la vi.

Bailaba como si nadie la viera, como si estuviera sola, como si se encontrara en medio de un fragante prado bajo la lluvia.

Llevaba un blanquísimo vestido de vuelo adornado por sangrantes amapolas, sus brazos extendidos parecían abarcar el infinito, la cabeza de ojos cerrados ladeada y el negro pelo cayéndole en cascada. Rezumaba paz.

Yo me hallaba extasiado observándola, nunca hasta entonces había comprendido el concepto de libertad, cuando sucedió: en uno de sus armoniosos giros pasó a mi lado y de manera fortuita las bellas puntas de sus dedos me rozaron. Fue un contacto leve, ella ni siquiera lo advirtió, sin embargo en mí se obró un milagro, un milagro que Neruda años más tarde describiría perfectamente: hizo conmigo lo que la primavera con los cerezos.

En ese precios instante supe que mi vida ya no me pertenecía.

–Está usted aquí, he estado buscándolo– el notario me hablaba, pero yo no le entendía.

–¿Quién es?

–¡Ah, es Amanda, la bella!

Lo dijo como si con sólo pronunciar su nombre todo cobrara sensatez, ¿acaso era yo el único que encontraba extraño aquel despliegue de fresca osadía, que advertía aquel anacronismo?

Me condujo, casi a empujones, pues mis pies se negaban a abandonarla, a la sala de juntas. Sentados alrededor de la mesa, ocupados con sus copas de brandy y sus habanos se hallaban las fuerzas vivas, los caciques de la comarca, y presidiendo la reunión desde la pared, en el centro de los retratos, se hallaba mi tío, el prohombre.

La reunión terminó enseguida, les expliqué que acababa de tomar la decisión de no vender, ratificando mi fama de botarate y extravagante, aunque con ello gané varios partidarios pues en esa región parecía ser precisamente la normalidad lo más reprobado.

Cuando regresé al salón Amanda ya no estaba, pero eso ya lo sabía pues había notado un tirón en el corazón cuando se alejó.

A la mañana siguiente me desperté con un optimismo impropio de mi temperamento, y que achaqué a su contacto, también advertí, casi asustado, que por mucho que me esforzara no notaba ni rastro de jaqueca, y esa situación no se producía desde mi más temprana juventud.

Aquella misma tarde, ataviado con un traje de color crudo sacado del armario del prohombre, y portando una enorme caja de bombones me presenté en el domicilio de Amanda. No me hacía muchas ilusiones, convencido de que rechazaría diariamente a miles de pretendientes, y sabedor de mi modesto porte y escasas habilidades sociales.

Su padre, un señor enorme como un armario ropero, portador de una ostentosa barba y al que recordaba de la nocturna reunión, me recibió al pie de una chimenea encendida, hecho insólito en agosto.

Le expliqué sin ambages el motivo de la visita: “solicito vehemente la mano de su hija”.

Me escoltó hasta el jardín en que se hallaba Amanda, la bella, y me deseó suerte. Conforme su perfil cobraba nitidez, regresaron en toda su plenitud mi flaqueza e inseguridades provocándome un nuevo ataque de asma. Aun así me senté a su lado en el banco, y aun comprendiendo la extravagancia de requerir en matrimonio a una persona que desconocía mi existencia, lo hice. En Nofuentes nada parecía disparatado.

Ella me miró fijo con sus enormes ojos y permaneció así un buen rato, sin decir nada, absorta, hasta que acarició con su mano mi mejilla, haciendo que desaparecieran la opresión del pecho y los estertores, y por primera vez me permitió escuchar su voz: “bueno”.

Al participárselo al armario ropero encontré en sus ojos, mezclados con el quebranto y la pesadumbre por la pérdida, el alivio, el desahogo del que deja de soportar una pesada carga, y además lo hace con la conciencia tranquila.

La boda se celebró al mes siguiente, pues no encontramos ningún motivo para retrasarla. Mamá no pudo asistir, en su carta incluso se mostró un tanto insolentada por mi decisión.

Aquella primera noche marcó la pauta para nuestras futuras relaciones. Yo me retiré, prudente, a mi alcoba para que ella realizara sus preparativos sin coerciones, y cuando regresé la encontré desnuda e impertérrita encima del tálamo nupcial, en el suelo, ovillados, aparecían los castos camisones bordados de su ajuar.

Un sofoco me cubrió el rostro al contemplar la escena, avergonzado emprendía la huida cuando sus manos y sus ojos me llamaron. Me arrellané a su costado y todo fue tan sencillo como debió de serlo entre el primer hombre y la primera mujer.

Amanda impuso sus rutinas y todos nos amoldamos satisfechos de poder convivir con ser tan hermoso. Aunque pronto comprendimos que ella no era como los demás tampoco nos importó demasiado, nos pareció un justo precio a pagar por tanta belleza.

Apenas hablaba, pero no era necesario pues sus ojos lo decían todo por ella, los habitaban todo tipo de expresiones: la de alguien cogido en falta y que quiere hacer como si no; la de quien sabe más de lo que tiene intención de decir, y quiere, pícaro, que se le note; la de quien se sabe especial porque posee algo valioso y único; la de rabiosa alegría, y

¡hay!..., también la de quien conoce el peor secreto, aquél que no debería existir.

Cada noche acudía a mi alcoba, rechazando la que la decencia le había asignado, se acurrucaba de nuevo a mis pies, y yo al ver a allí, intrínsecamente voluptuosa, y como sea que a ella tampoco parecía desagradarle, la cubría carnalmente, como deben hacer los esposos.

Sus fluctuantes estados de ánimo marcaban el ritmo de la hacienda. Nuestra única ocupación era conseguir que nada enturbiara su alegría, impedir que su mirada se emborronara y cayera en uno de sus mutismos, en esas ocasiones su vista se perdía y alternaba periodos de quietud cerúlea, con otros de incesante y psicótico balanceo, adelante y atrás, adelante y atrás, sin importarle que su cabeza golpeará las paredes, mientras un quejido surgía de sus entrañas.

Cuando entraba en uno de esos intervalos toda la hacienda se nublaba con su tristeza, el desgarró que nos provocaba su sufrimiento hacía que nos volviéramos hostiles e iracundos, el sol palidecía y todo salía encontradamente.

Yo aún me felicitaba por haberla desposado, sus momentos de alegría, aquéllos en que canturreaba, corría libre por los campos, bailaba como la primera noche y en que no quería separarse de mí ni un momento, me llenaban. Todavía no lamentaba haberla conocido.

Ella ni siquiera se percató, fuimos los demás los que comprendimos que algo anormal ocurría, sus lapsos de pesadumbre, término con que piadosamente nos referíamos a sus ataques, se hicieron más frecuentes y duraderos, persistiendo hasta tres días.

El dictamen del doctor Morantes, el galeno que la había cuidado desde su alumbramiento, fue contundente, estaba grávida.

Yo me sentía orgulloso, Amanda, más bella si cabe, lloraba de dicha.

La gestación la laceraba, la excoriaba, era como si en su centro en vez de estar desarrollándose un bebé lo estuviera haciendo una culpa, una culpa enorme y negra que la iba desgastando, arrancándole uno a uno todos los motivos de gozo, las pequeñas alegrías diarias, dejándole sólo un reguero de miseria, sembrándola de infortunios y cambiando sus recuerdos por malaventuras que la abocaban a olvidarnos, a hundirse en su soledad, en su mutismo.

Sus ojos ya no miraban, aquel quejido opresivo era el único sonido que pronunciaba, el que ahora revoloteaba en nuestras arrolladas mentes.

Morantes cambiaba miradas de entendimiento con mi suegro, luego ambos callaban. Nos recomendaba que tuviéramos paciencia, que tuviéramos fe, que tuviéramos entereza...

–¡Ojalá ese hijo nunca hubiera sido engendrado! –aullé.

Mi suegro se me acercó, y en vez de propinarme la bofetada que tal injuria merecía apoyó una de sus manazas en mi hombro. “Será una hembra.”

Sus palabras me sobrecogieron, no sé si por la seguridad, por el carácter de sentencia que poseían, o si por el tono de fatalidad que les imprimió.

El semblante de Morantes, mientras salía de la habitación secándose las manos, silenciaba las palabras. Me precipité en la alcoba temiéndome lo peor, y allí, sobre el lecho, cubierta por una frazada, se aletargaba Amanda. En un rostro brillaba el regalo de su sonrisa.

A su lado reposaba el fruto de su vientre, mi hija: la criatura más parecida a Amanda que pudiera concebirse.

Acerqué, cauto, uno de mis dedos a su mejilla, y ella al sentir la tibieza del contacto abrió los párpados e intentó enfocarme con sus ojos todavía ciegos, mientras su rostro se iluminaba de satisfacción, y ése fue el momento en que anidó en mí un, hasta entonces desconocido, inclemente, fiero y omnipotente sentimiento de posesión que ya nunca me habría de abandonar y que regiría desde entonces todos mis actos.

Comprendí que, sin mediar razón aparente que lo dilucidase, el amor que sentía por la madre se había engrandecido y trasferido a la hija, a aquella hija de facciones perfectas que no era sino una prolongación de la propia Amanda, la bella, y que como no podía ser de otro modo llevaría su mismo nombre. Sentí que se me concedía una nueva oportunidad, una nueva Amanda a la que moldear y en la que enmendar los errores de la primigenia, ¡qué atrevida es la ignorancia! El armario ropero había entrado en el cuarto para conocer a su nieta y contemplaba desde la puerta la escena, leía en mi rostro los sentimientos que me embargaba y cabeceaba pesaroso y afligido, tal vez recordaba a aquel otro hombre que había sido él mismo hacía veintidós años y contemplaba como el mundo

es un esférico que gira sobre sí mismo y todo tiende a repetirse, que ciertamente no hay nada nuevo bajo el sol.

Al igual que yo, todos los habitantes de la hacienda, se volcaron en la recién nacida Amanda, en nuestra Amanda, como la llamábamos, porque eso era lo que sentíamos, que ésta sí que era por completo nuestra, como si todos hubiéramos contribuido a su presencia en la tierra.

Todo se desarrollaba moderadamente bien hasta aquella tarde de estío. Subí al cuarto de Amanda, la bella, a ver cómo se encontraba. Desde el parto había entrado en una nueva fase de su enfermedad, en la peor, sólo aceptaba mi contacto.

Al penetrar en la habitación en que vivía recluida esperé un momento a que mi vista se adaptase a la semioscuridad imperante para evitar el bochorno, y aprovechó ese instante para atacarme, se lanzó sobre mí con la furia de un animal herido. Fui una presa fácil, mi encontraba aturdido por lo inesperado. Chillaba aguadamente, me arañaba e incluso clavó sus dientes en mi mano.

Comencé a sufrir uno de mis olvidados ataques de asma. Mis estertores debieron de sugerirle una idea, y abandonando sus otras destructivas actividades, se concentró en estrangularme.

Me salvó un milagro, un milagro con nombre propio: Severo, que acudió presuroso al escuchar los gritos acompañado de dos peones.

El doctor Morantes compareció con su lustroso maletín de médico de ricos y con mi suegro. Éste, por segunda vez, apoyó, paternal, su mano en mi hombro, sin poder apartar la vista de las moraduras, con forma de dedos de Amanda, de mi cuello y supe que por fin iba a hablar.

Lo hizo con la cabeza baja, avergonzado, aunque yo en ningún momento me había sentido engañado: yo amé a Amanda, la bella, en su totalidad.

Me relató la historia de la casta de mi mujer, una casta en la que la belleza y la locura (era la primera vez que alguien pronunciaba la temida palabra) viajaban por vía fémica. Nacían sentenciadas a redoblar las mismas pautas, a recaer en los mismos errores generación tras generación, a despertar pasiones arrobadoras como las nuestras, y a parir hijas que les hurtaban el poco seso que tenían, abocándolas a una muerte sin remedio, como si fuera imposible que dos coexistieran, que se solaparan los amores.

Comprendí el dolor que lo había acompañado durante años.

—¿Qué fue de su esposa?

—Creí hacer lo correcto al no separarme de ella, como tú, y erré. Dejé que la piedad nublara mi entendimiento y lo pagué bien caro. La madre de Amanda puso fin a su vida al año de nacer ésta, lanzándose contra el espejo de la alcoba en que permanecía encerrada.

Hicieron una pausa en sus discursos, la fatalidad pesaba.

—Amanda —continuó Morantes— padece histeria, una enfermedad exclusivamente femenina que proviene de perturbaciones del útero, lo mejor sería trasladarla a un centro donde pudiera ser debidamente atendida.

Era mi decisión, mi responsabilidad, se hallaba bajo mi cargo, yo era el que había jurado ante Dios protegerla, cuidarla, honrarla y respetarla, comprendí por fin el alivio que adiviné en los ojos de mi suegro cuando la penosa obligación, que sabía que estaba por venir, dejó de ser de su incumbencia.

Cuando se retiraron me refugié en la biblioteca, y a pesar de ser verano encendí, sin reparar en la coincidencia, la chimenea. A partir de entonces nada calentaría la escarcha de mi corazón.

Amanda, la bella, ingresó en una casa de orates. Se trataba de una finca al borde del océano para que los enfermos disfrutaran de los beneficios de la brisa marina, compuesta de varios edificios que se abrían a un hermoso prado en el que se disponían tumbonas, sillones y mesas de mimbre para propiciar el reposo.

Un único propósito me movía, desligar a nuestra Amanda de su cruel destino, y para ello recurrí al método más extremo: supliqué a mi madre su ayuda, y ella acudió, finalmente dueña de la hacienda al no tener una nueva rival, a disfrutar de su merecido papel de señora.

Su presencia fue como un bálsamo para mí, la férrea disciplina que imponía a la niña, heredada de generaciones de inflexibilidad, era lo que yo buscaba. A cambio le concedí todo.

Trascurrieron nueve años en un suspiro. Fueron buenos años, la hacienda prosperaba y nuestra Amanda, que ya empezaba a ser conocida como Amanda, la bella, no daba señales de seguir la tradición familiar. En

cuanto a su madre, su recuperación era inequívoca, los calmantes y drogas que le suministraban habían conseguido sosegarla, aunque dejaban en su rostro una boba sonrisa. Cada día me felicitaba por lo acertado de mi decisión al ingresarla.

Cumplía con mi deber mensualmente, y en las últimas visitas su mirada, aquellos ojos que todo podían expresarlo, me habían reiterado un ruego silencioso: conocer a su hija. Y no encontré ningún motivo para negárselo.

Se miraron durante un instante y sin haberse visto antes se reconocieron. Ellas dos, tan iguales que parecían una, se fundieron en un abrazo, y yo hube de sacar un pañuelo para no dejar traslucir mi emoción. Se sentaron una frente a la otra, sin soltarse las manos, y todo se lo dijeron sin palabras, mientras a mi, egoísta, me dolía aquella exclusión, aquel pertenecerse que ni el tiempo separadas les había podido robar.

Reclinado en la tumbona el tibio sol me acariciaba la tez, me hallaba cansado del traqueteo del largo viaje y debía adormecerme. Me desperté sobresaltado, un negro presentimiento había emponzoñado el sueño.

Las busque con la vista y las descubrí, sobresaltado, cogidas de la mano al pie del acantilado. Amanda, la bella, con los cabellos libres giró la cabeza y me miró, detenida, y ojalá nunca hubiera visto sus ojos.

Corrí desenfrenado hacia ellas, sin reparar en obstáculos, y cuando ya mi mano las alcanzaba, ocurrió: saltaron al vacío. Las vi caer, las faldas y enaguas almidonadas acampanándose, meciéndolas en su busca del infinito, en aquel último baile, para después levantarse cubriéndoles los rostros. Vi como el mar las reclamaba y como ellas se sumergían en todo aquel azul, desapareciendo, convirtiéndose también ellas en océano.

En mis ojos para siempre, para no hallar jamás el descanso, la última mirada de Amanda, la bella; la mirada del que sabe que va a realizar un mal imprescindible, y aun así pide perdón. |||



## MI LIBERTAD ERES TÚ

Cincuenta y siete años se asentaban en su cuerpo sin ninguna delicadeza, habían ido cayendo como pesadas losas que arrastran sin miramientos aquello cuanto tocan y terminan por dejar un desolador vacío que huele a esperanza hecha añicos, a abandono. Su tez, morena, era un mapa nudo de carreteras secundarias que mostraba con pesadez la fuerza que tiene el tiempo cuando se lo propone. Caminaba sin dificultad, con cierta agilidad, manejando autoritaria su menudo cuerpo por un terreno que conocía mucho mejor que la palma de su mano. Una extrema delgadez la llevaba acompañando de por vida, los que la conocían decían que era de pena, pero ella sabía que no, la pena la conoció más tarde, en cambio el hambre... ésa nació con ella.

La distancia conseguía mostrar con dureza los terribles momentos que rodearon su infancia pero para Carmen esa había sido la mejor época de su vida. La inocencia parvularia evadía sin dificultad los edemas que sus padres llevaban con resignación. Pero ahora, en los silenciosos días otoñales, recordaba sus caras, doradas por el sol y por el campo; y por fin comprendía, nunca demasiado tarde, los agrios gestos exasperantes que dejaban al desnudo, durante apenas unos instantes, sus almas golpeadas con inquina por una dura posguerra. Unos golpe a que apenas les dejaban fuerza para mantenerse en pie, aunque ellos, heroicos desde el silencio taciturno, multiplicaban su esfuerzo. Un día, y otro día, y otro día.

Como telón de fondo historias sabidas por todos pero nunca contadas, resentimientos a flor de piel, odios engarzados con la cotidianidad

del día a día, heridas demasiado profundas, cicatrices aun por cicatrizar, oscuros amaneceres días enteros encadenados a la tierra, atardeceres hastiados, noches de silencio y soledad compartida... y en medio de ese universo de fuerzas circunspectas, sola, en medio de todo, una niña canturreaba sabedora sólo de su mundo compartido con otra niñas como ella, solas. Afortunadas desconocedoras de una realidad que olía a azufre y a sudor, a estiércol y migrañas, a frío y a rencor, a miedo, a España.

Le gustaba mucho ir a la escuela y siempre fue muy aplicada. No tenía juguetes pero se los inventaba y siempre recordaba con añoranza las largas horas de juegos en la Plaza con las otras niñas del pueblo: Carmencica, Paquita, Maricruz, Pilarín,... Los chicos jugaban al fútbol y les tiraban piedras, eran insoportables. En aquella época el tiempo era su amigo, marchaba tranquilo y pausado permitiéndole disfrutar de los segundos, de los minutos y de las horas, mostrándole con paciencia la cara amable del mundo. Pero llega un momento en el que todo se acelera, se pierde el control y la vida se nuestra tal y como es: concupiscente hasta la extenuación, caprichosa y paradójica.

Carmen era la menor de cinco hermanos, tres chicos y dos chicas, nació cuando ya nadie contaba con ella y creció sin que nadie hubiese reparado en su existencia. Nunca supo lo que fue el calor familiar pero tampoco lo hechó en falta, o al menos así se lo hizo creer a sí misma, sin embargo una constante sombra de melancolía la acompaña allá donde ella se encamine.

Al cumplir catorce años la pusieron de criada para uno de los ricos del pueblo. Con sólo cerrar los ojos podía volver a ver ese enorme case-rón que se le antojaba un palacio lleno de lujos y riquezas. Trabajaba todo el día a cambio de cuatro perras chicas, aunque, eso sí, le daban comida y cama, lo que suponía un enorme desahogo para la microeconomía de su familia. Cuando el Señorito viajaba a la capital, Carmen podía ir a su casa a visitar a los suyos e incluso, alguna vez, quedarse a dormir en su ya antigua cama. En ese caserón conoció la nostalgia por primera vez, comprendió de sentimientos más que en todo el tiempo vivido hasta entonces, llegó a la edad adulta en menos de una semana y multiplicó el amor hacía sus padres por el mero sentimiento de trabajo que los unía. Por eso y por más.

–Nosotros somos pobres, ¿verdad, Mama?– preguntó en el primero de esos cortos regresos al seno familiar, sus todavía infantiles catorce

años encerraban una vulnerabilidad que no entendía de matices y que dejaba al descubierto la sencillez de la verdad más evidente.

—¿Por qué me preguntas eso? — su voz sonaba extrañada, aunque una ligera vibración renqueante manifestaba que el cansancio dominaba cualquier otro estado anímico. El sol estaba a punto de esconderse y madre e hija desgranaban guisantes bajo el corredor de la casa, Carmen comenzó a canturrear con timidez “La Zorzamora”; pero no consiguió llegar al final de la primera estrofa. Su madre siempre le mandaba callar cuando cantaba.

Nunca recibió respuesta a su pregunta, tampoco lo esperaba, simplemente quiso escuchar en voz alta aquello que sabía desde hace tiempo. En la realidad no preguntaba, afirmaba, y tras esta afirmación se escondía su profundo sentimiento resabiado que no se conformaba con el orden natural de las cosas.

Los dos años siguientes se perdieron entre sucios estropajos, tambores de Azulete, callos en las manos y un constante deambular por una casa ajena que llegó a sentir como propia. Contornos sinuosos fueron adueñándose de su cuerpo, mientras ella experimentaba, no sin cierta coquetería, cómo las miradas de los hombres iban deteniéndose, cada vez con más frecuencia, en las formas que podían adivinarse bajo las amarillentas camisetas raídas, las faldas de franela y los mandiles sobados.

El invierno había sido muy frío, y la primavera llegó con la fuerza de un adolescente desbocado. Hacía calor, abril evocaba con orgullo sus poemas atemporales, Carmen estaba en el desván recogiendo ropas. Su piel, empapada en sudor, brillaba con la luz solar: ésta entraba a raudales por el enorme ventanón que rompía el tejado en dos y dejaba a la vista un enorme cielo impoluto. Desde la puerta el Señorito observaba sin disimulo los contoneos involuntarios que Carmen regalaba en la más completa de las ignorancias. Al girarse y descubrirle con la mano perdida bajo el pantalón lanzó un pequeño chillido que fue acallado de inmediato con un sonoro bofetón. La arrinconó contra el armario y le levantó con violencia la falda. Cuando le arrancó de un tirón las bragas a Carmen le abandonaron todas sus fuerzas y se deshizo en un llanto silencioso que no podía representar el dolor desgarrador al que estaba siendo condenada. El martirio duró unos minutos interminables, una gruesa hilera de sangre le manaba con fluidez hasta los tobillos. Perder la virginidad y quedar encinta fueron para Carmen una misma cosa.

En cuanto su preñez comenzó a hacerse evidente, el Señorito la obligó a casarse con Emeterio, otro de sus criados, veinte años mayor que Carmen y de dudosa capacidad para nada. La boda simplemente fue el paso evidente que le llevaba del enorme caserón a la pequeña casita de una planta que había heredado Emeterio. Una casita alejada de todas las casas del pueblo, casi en la misma ribera del Ebro, y que ya nunca abandonó.

Tampoco volvió a trabajar para nadie. El Señorito subió el salario a Emeterio, lo suficiente como para que pudiesen tener para vivir. Y Carmen pasó a dedicar su tiempo a llevar Carmennte una casa que desde ese mismo instante pasaba a ser su hogar. Limpiar, fregar, coser, planchar, cocinar,... no dejaron de ser sus tareas habituales. A éstas se sumaban el cuidado de un pequeño huerto a escasos metros de la casa y la crianza de varios tocinos y conejos que convivían todos juntos un una diminuta e insalubre cuadra, lindante con la casa, que había construido Emeterio casi nada más instalarse. Y, por supuesto, las obligaciones de alcoba; para apaciguar las ansias de Emeterio por retozar sudoroso con su sufrida mujer que aguantaba sus acometidas durante siete minutos a la semana, pronto aprendió que simplemente tenía que dejarse hacer, tumbarse boca arriba mirando al techo y pensar en otra cosa.

Su primer hijo nació del dolor y le fue arrebatado desde el dolor. Cuando sólo tenía unos días, vino el médico a visitarle y le dijo que el niño estaba enfermo. Ella lo veía normal, no lloraba, no le pasaba nada. Por la noche murió. Siempre tuvo la certeza de que el Señorito había mandado envenenarlo. Y siempre tuvo que tragarse su rencor, el dinero que salía de sus bolsillos era el mismo que todos los días ponía algo de comida sobre la mesa.

Los días fueron dejando paso a los meses y éstos a los años. Carmen nunca quiso a su marido, pero sentía hacia él un sentimiento de cariño familiar que había ido forjándose con el tiempo. Emeterio no era una persona con la que fuese difícil convivir, pasaba la mayor parte del día fuera de casa, cuando regresaba era para sentarse a la mesa y para marcharse a la cama. Carmen no recordaba haber mantenido con él ninguna otra conversación que no girarse en torno al trabajo, el plato que tenía delante o alguna enfermedad de éste o aquél.

Sin embargo sí que había algo que Emeterio exigía a su esposa. Quería tener descendencia, a poder ser un varón, y la quería ya. Como

con todo, Carmen jamás le dijo que no, y se prestó sumisa a los deseos de su marido. No compartía ese ansia procreadora que tanto exasperaba a Emeterio, pero se mostraba voluntariosa a lograrlo a pesar de que sus más profundos sentimientos pidiesen a gritos que no germinase el acto.

Emeterio no conseguía entender por qué su joven esposa no se quedaba embarazada. Carmen sólo tenía veinticuatro años pero, tras tanto tiempo intentándolo, llegó a la conclusión de que se había casado con una mujer estéril. Carmen aceptó el diagnóstico con resignación y, aunque semejante imprevisto inclinase la balanza del lado de su voluntad, no dejó de sentirse una mala esposa. Además, tenía la certeza de que había conseguido volverse estéril a base de desear una y otra vez no quedarse embarazada.

Ese pensamiento comenzó a atormentar su conciencia constantemente, Carmen intentaba purgarse a base de rosarios, avemarías y padre-nuestros. Pero nunca se atrevió a confesar este oscuro universo interior que se le antojaba abstracto e incomprensible.

Su marido cambió la cama de matrimonio por dos pequeñas camas individuales, justificando su decisión en que ya que no iban a poder tener hijos al menos quería dormir a gusto todas las noches. Esa también era una buena noticia para Carmen a la que su matrimonio había transformado en plácido descanso nocturno en un constante duermevela interrumpido por ronquidos, manotazos, ventosidades y algún que otro viaje al retrete. Pero esa sensación de alivio no tardó en aumentar sus remordimientos y su sensación de culpabilidad. A lo que se sumó la llegada del nuevo veterinario.

Se llamaba Manuel y desde el primer momento Carmen quedó prendada de sus anchos hombros, sus enormes manos, su rizado cabello y, sobre todo, de su dulce voz y su atenta disposición a la escucha.

Lo suyo no fue una aventura desenfadada ni una explosión de pasión desde el primer instante. Lo suyo fue una amalgama de dulces sentimientos que fueron creciendo, macerados por el tiempo, y que desembocaron en una revolución interior que consiguió arrastrarlos hasta el final.

Una mañana de verano, el desenfreno de una mirada apasionada desató aquello que no podía evitarse. La alfombra del comedor hizo de alcoba improvisada en la que amarse durante horas. Carmen sintió

abrirse el cielo y el infierno en varias ocasiones, un latigazo electrizante le recorrió el espinazo mientras se hinchaba por dentro como nunca antes había experimentado, sintió cómo abandonaba su cuerpo y acariciaba la muerte con la punta de los dedos. Abrazados, extasiados tras el sùmmum, permanecieron en silencio durante casi una hora.

–Felicidad es una palabra muy parecida a facilidad, ¿te habías dado cuenta? –comentó Manuel en voz alta.

–Sí –contestó pensativa–, pero en cambio la felicidad no es nada fácil de encontrar.

Poco después se levantaron y se vistieron, estaba atardeciendo. Emeterio no tardaría en llegar. Un rápido beso en la mejilla sirvió de despedida.

Tres meses después una naciente barriga delataba a Carmen, cuando reparó en ello Emeterio, levantó la blusa de su mujer, colocó la mano sobre el vientre desnudo y le dijo: –Si nace varón se llamará Antonio, como mi padre –no añadió nada más, se dio la vuelta y se fue a acostar. Carmen lloró de felicidad ante el temor desmadejado, amaba a ese bebé, lo deseaba con toda sus fuerzas y no quería que su marido hiciese lo mismo que el Señorito.

Al día siguiente, por la noche, Manuel salió del pueblo para no volver jamás. Carmen nunca preguntó a nadie por él, ni nadie se atrevió nunca a decirle nada.

El pequeño bebé resultó ser una preciosa niña de rubios mechones que fue bautizada con el nombre de Inmaculada. Nació en primavera, con la primera explosión de amapolas, la recibió una copiosa comitiva de ruiseñores, jilgueros y gorriones que gritó a los cuatro vientos la buena nueva. Un sol crepuscular fue el señorial anfitrión que abrió de par en par las puertas terrenales, un agudo llanto de entonación perfecta fue el escandaloso saludo que emitió Inma como respuesta. Un día nuevo había llegado, Carmen lloraba emocionada mientras la matrona limpiaba a su pequeña.

Había dado a luz en casa. Su marido lo había querido así, a pesar de los múltiples impedimentos puestos por el Doctor. Carmen hubiese preferido ser atendida en un hospital... pero ahora estaba feliz.

El invierno llegó con la misma facilidad con la que la rutina va adueñándose de nuestras vidas. Los calendarios fueron cayendo derrotados ante la insufrible magnificencia del tiempo. La pequeña Inma fue creciendo como una luna que escapa de lo novísimo anhelando estar de luz llena.

Madre e hija surcaban inquebrantables los mares de la experiencia en el azaroso viaje de la vida. Mientras, Emeterio, las miraba con ojos cristalinos y sonreía, feliz de tener una familia.

Años después las campanas teñían a muerto de forma metódica mientras una escueta comitiva silenciosa dirigía sus pasos a la pequeña capilla del pueblo. Carmen, de luto riguroso, encabezaba la misma. Prendida a su brazo iba su hija, de veintisiete años. Ambas, unidas por el dolor, caminaban pensativas.

Inma se había casado hacía un par de años con un joven profesor de inglés, vivían en un piso concertado que habían comprado en Zaragoza. Así que Carmen se encontró en su pequeña casa, sola, como siempre. La soledad nunca es buena compañera, salvo cuando se pacta un sabio contrato de respeto mutuo. Y así lo hizo ella.

Dicen que el cierzo puede llegar a volver loco a aquéllos que le dan la espalda, que lo ignoran, pero Carmen sólo entendía de raíces, de lazos de tierra. Y cuando soplaba tan fuerte que parecía querer arrastrarla a otro lugar, cerca de su hija, clavaba con tal fuerza las uñas en la tierra que no era ella quien sangraba sino la propia madre de la vida.

Sus maitines eran cantados con rota voz de copla, hermanada con lejíja, con leche fermentada, con maderas apolilladas, con sillones vacíos y dolor en los huesos y en el alma. El día se descosía temeroso del mañana, acumulando jirones del ayer desteñido, llegando, en un abrir y cerrar de ojos, a una nueva noche oscura en la que temblar de miedo ante la constante incertidumbre de la hora señalada.

Hoy es día de fiesta. Inma, Sergio y los niños van a visitarla. Los contempla con la felicidad del que siente renacer sus fuerzas, viva como nunca, mientras escucha de nuevo a su hija insistirle en la necesidad de que se vaya a vivir con ellos.

—Por favor, Mamá, llevas atada toda tu vida a este lugar, ¿por qué no te vienes de una vez con nosotros?, vivirás más tranquila... disfrutarías todos los días de los niños... ¿qué sentido tiene martirizarte por más

tiempo?, aquí sola, completamente sola, ¿no te ha dado bastantes golpes la vida?, ¿no va siendo hora de pensar únicamente en tu bienestar?, ¿no crees que te lo mereces?

–Ya vale, Inma, te lo pido por favor... –siempre era la misma frase– No insistas, no me pienso ir a ningún lado, aquí estoy bien –se queda unos segundos callada e intenta irse por los Cerros de Úbeda– ¿sabes que una vez pensé en marcharme de aquí?, fue hace muchos años... no era feliz... quería sentirme libre...

–¿Y por qué no te fuiste? –preguntó Inma con curiosidad.

–Porque antes de atreverme la vida me enseñó donde estaba mi libertad.

–¡Será posible! –la interrumpió con cierto enojo– nunca has sido libre en este lugar, no puedes decir eso. Toda tu vida trabajando y ahora... ¿por qué no quieres venirte con nosotros? –Carmen no volvió a decir nada más, los niños pedían la merienda y se dirigió con paso ligero a la cocina. Había conseguido salirse por la tangente.

Poco después llegó la hora de la despedida, no querían llegar de noche a casa. Prometieron volver en dos o tres fines de semana y se marcharon. Desaparecieron ante la atenta mirada de Carmen quien, desde la ventana, con la frente pegada al cristal sonreía mientras les decía adiós con la mano. Una lágrima descendía solitaria por su mejilla derecha y, con voz ahogada contestó para sí misma:

–Mi libertad eres tú. |||

## NO CORRAS MUCHO, MAMÁ

María era una mujer de unos 50 años, madre de dos hijos, que vivía en Casaverde, uno de tantos pueblos que en el pasado contribuyeron a engrandecer la historia de nuestra Península y en el que hoy a duras penas quedaban unos cuantos ancianos y tres niños, los de María y el del farmacéutico. El marido de María, Paco, era el alcalde pero también el electricista en casos de emergencia, el encargado de vigilar el monte, el presidente del sindicato de riesgos... además de su oficio de médico, que era el único que le daba un dinero al mes en lugar de quebraderos de cabeza.

María se dedicaba a las labores del hogar, pese a que era licenciada en historia los hijos y el tener que desplazarse a algún instituto lejano a dar clases le hacían desistir de su intención de incorporarse al mercado laboral, aunque para matar el gusanillo daba todos los miércoles clases de graduado escolar a a las mujeres de la villa. De vez en cuando, en los días que el secretario estaba enfermo, cosa que ocurría con bastante facilidad, ayudaba a su marido con las instancias de las subvenciones y otros papeles del Ayuntamiento.

Los dos hijos de María, Carlos y Paco, iban junto con el hijo del farmacéutico todos los días a la escuela de Aldeamarrón montados en un pequeño microbús, hacía tiempo que la escuela del pueblo estaba cerrada, dedicándose ahora el edificio a usos múltiples tan diversos como celebrar el baile para las fiestas, hacer de colegio electoral para las elecciones o servir de iglesia para evitar los fríos del invierno.

Pese a que ocuparse del hogar en un pueblo no era como hacerlo en la ciudad, María todavía tenía gallinas, conejos y una cabra, además de un pequeño huerto, a María todavía le quedaba tiempo para seguir por correspondencia unos cursos sobre la Historia de Roma, ya que estaba convencida que en Casaverde se escondía un tesoro que el emperador Teodosio mandó ocultar en Hispania. La verdad es que los progresos habían sido nulos, en las dos expediciones realizadas por los alrededores del lugar lo único que había conseguido encontrar eran unas bombas de la Guerra Civil: “A ver si dejamos de jugar a las expediciones, señora, ¡ Qué cualquier día vamos a saltar por los aires!” – dijo el agente.

En verano, cuando el secretario cogía fiesta, hacía las labores de secretaria, y como en el mes de agosto no había mucho trabajo por estar todo el mundo de vacaciones se dedicaba a examinar el archivo municipal para seguir diseccionando la historia de Roma, aunque el archivo no databa de antes de 1800. Ella estaba convencida de que allí podía descifrar el lugar exacto para intentar encontrar la ubicación del tesoro, aunque en los tres años que llevaba de investigación el único misterio que verdaderamente descifró, con asombro para todos los vecinos del pueblo, fue que Ernesto, el hijo de la señora Paca la de la tienda, que en 1935 se había marchado para Argentina para hacer fortuna era en realidad un destacado miembro de CNT. La noticia provocó comentarios en todo el pueblo durante varios meses e incluso se publicó un reportaje sobre el citado anarquista, al que no habían vuelto a ver y se pensaba que había formado parte del Gobierno de la República en el exilio, “Para nosotros era una cosa impensable” – comentó un vecino al periodista del Diario Azul que elaboró el reportaje.

Entre la Historia de Roma y el cuidado de las gallinas un día llegaron sus hijos con una carta del colegio, como solía ser habitual no se trataba de ninguna reunión de padres ni nada parecido, el asunto era mucho más grave. En la carta se decía que Autobuses Saturnino, empresa que había trasladado a los habitantes de la comarca del campo a la ciudad durante los últimos 50 años y que prestaba el servicio de autobús al colegio, se vería obligada a cesar su actividad por “falta de vocaciones”. A don Saturnino Peláez, el dueño, no le habían renovado el carnet de conducir a sus 85 años de edad, permitiéndole acabar el curso escolar después de 59 años al volante.

Aunque en un primer análisis de la situación se vio fácil solución al problema, se sustituía el autobús por un taxi y como pagaba el Ministerio asunto solucionado, después se llegó a la conclusión de que la cosa estaba bastante negra.

Para analizar la gravedad del tema se convocó un pleno extraordinario en el que, aparte de la dos familia interesadas, el resto de los habitantes de la villa, casi todos jubilados, acudió a regañadientes: –“A ver si nos suben la pensión y nos dejamos de monsergas” –decía uno. “Yo desde los 12 años llevo sin ir a la escuela y aún no me he muerto” –replicaba otro. La sesión plenaria, aparte de con protestas por su larga duración, acabó con el convencimiento de que la única solución posible era encontrar un conductor joven que llevara el autobús de Don Saturnino, ya que no había ningún taxi en la comarca y la concesión de licencias era bastante difícil.

Paco y su mujer se desplazaron hasta Aldeamarrón para mostrar su apoyo a Don Saturnino, el cual los recibió con júbilo y se ofreció a acoger como un hijo al futuro candidato, acordando entre todos publicar un anuncio en un periódico de la región para atraer a más candidatos.

Todo parecía estar solucionado y Maria seguía con su vida cotidiana, recibiendo la Historia de Roma, cultivando su huerto y dando clases a las mujeres, mientras Don Saturnino apuraba sus últimos días como conductor de autobús, recibiendo el apoyo de los vecinos y recibiendo un sinfín de homenajes en los pueblos de la comarca. Pero tras tres meses de espera los nervios comenzaban a aflorar, ningún candidato había respondido al anuncio y el final del curso escolar se veía próximo.

María pensó que quizás ella podía resolver el problema, desde que llegó la carta había estado dándole vueltas a la idea de ser ella la conductora del autobús, así que un día se lo comentó a su marido: “Me parece buena idea” – le dijo, así que María, que ya tenía carnet de coche, se apuntó a otro curso por correspondencia para sacar el carnet de autobús.

El tiempo fue pasado, y entre lecciones de mecánica y prácticas en la capital, querían darle una sorpresa a Don Saturnino, a María le llegó la hora de realizar el definitivo examen práctico. Al examen se desplazaron su marido y sus hijos además del farmacéutico y su familia, como el autobús era grande el examinador no puso ningún impedimento para que se montaran todos.

La prueba concluyó con éxito y María se convirtió en chofer de autobús ante el júbilo de todos, pero Don Saturnino no estaba muy convencido de la idea. Cuando fueron a verlo para comunicarle la nueva noticia los recibió emocionado: “Bueno, y ¿Dónde está ese muchacho?” – Dijo, cuando le dijeron que el muchacho era María, y tras tomárselo a broma, casi le da un ataque.

Tras largos días intentando convencerlo por parte de todos los vecinos, Don Saturnino cedió con la condición de que él iría de copiloto “por si pasa algo”.

Pasó el caluroso verano y por fin llegó la hora de la verdad, María se presentó en la puerta de Autobuses Saturnino para comenzar el viaje, allí estaba Don Saturnino, lleno de rosarios y de imágenes de Don Cristóbal convencido de que la llegada de María era un castigo del cielo por algún mal acto cometido en sus años de conductor: “Pero. ¿Qué te he hecho yo, Dios mío,? Si yo nunca he bebido, que me haya escapado de la Guardia Civil alguna vez, pase, ¡Pero esto!” – Decía.

María arrancó el autobús y se dirigió a Casaverde para recoger a sus hijos, a la entrada del pueblo la estaba esperando una comitiva muy especial: Un vecino del pueblo que había sido trompeta en la mili y que amenizaba las fiestas, otro que sabía tocar el tambor y unas cuantas mujeres con banderitas formaban el cortejo.

El primer viaje concluyó con éxito, aunque Don Saturnino no pensaba lo mismo, y María se fue adecuando al autobús, al cabo de un mes los vecinos ya la consideraban como una estampa más de su vida cotidiana.

Pasó el tiempo, y María se ganó el apodo de “la de Autobuses Saturnino”, en honor a su antecesor. Hasta Don Saturnino parece que al final acogió a María como una hija y cambió las estampas de San Cristóbal por las cintas de pasodobles: “Hay cosas que son sagradas”, decía.

Unos meses después de firmar su contrato llegó a la central de Autobuses Saturnino una carta que alegró a todos, la prestigiosa revista del motor La Rueda había elegido a María como portada del mes de marzo de su calendario. Calendario que hoy, cinco años después todavía cuelga en el despacho de Don Saturnino, que está pensando hacerse profesor de una escuela de conducción para mujeres porque según él “Gastan menos en dietas que los hombres”. |||

Acto Oficial de  
entrega Premios en Materia de  
**Igualdad para la Mujer del Medio Rural-2005**









ÁREA DE BIENESTAR SOCIAL Y DESARROLLO  
PLAN DE IGUALDAD DE OPORTUNIDADES  
Pza. España, 2, 2ª planta • 50071 ZARAGOZA

Tel.: 976 28 89 23  
e-mail: [csm@dpz.es](mailto:csm@dpz.es)

